Simbad y la isla que respiraba

Parte 1

Colorea tu cuento



Este libro es de:

.....

Escucha el cuento

y sigue la historia.

Simbad y la isla que respiraba. Una aventura inspirada en Las mil y una noches.

"Un poquito más..."

"Simbad. Saca la cabeza de mi olla."

"Estoy comprobando si caben los panes."

"¿Y para eso necesitas entrar tú primero?"

"Desde aquí parecen muy pequeños."

"Desde aquí tú pareces un almuerzo con orejas."



Simbad sacó la cabeza. En el fondo de la olla quedaba un pan redondo. Lo levantó, lo olió y cerró los ojos. "Este sí que huele a un viaje maravilloso."

"Huele a pan. El viaje empieza cuando soltamos las cuerdas."

"Y soltamos las cuerdas cuando Simbad termina de inspeccionar el desayuno."

Nura tomó el cucharón y dio dos golpes en el borde de su olla. "¡Pan para la tripulación!"



Salma se acercó enseguida. Nura le puso un pan en cada mano.

"Esta campana me gusta mucho."

"Entonces ayúdame a repartir."

Simbad llevó los panes a la cocina. Nura guardó su olla bajo la mesa y la sujetó con una correa. Salma revisó las velas. En el muelle, las familias levantaban las manos para despedirse.

Simbad también saludó. Iba a conocer otras islas y, si tenía suerte, volver con una historia que nadie hubiera oído jamás.



"Puedes empezar por la historia del hombre que se convirtió en sopa."

"Esa todavía no está terminada."

"Cuando oigan mi campana, miren hacia el barco. Les estaré haciendo una señal."

"¿Y si estoy amasando?"

"Miras con las manos llenas de harina."

"¿Y si estoy comiendo?"

"Tú terminas de masticar."



El viento llenó la vela. Las cuerdas se deslizaron con un silbido. El barco se alejó del muelle y el puerto se fue haciendo pequeño.

Nura salió de la cocina con un paño al hombro. Simbad se puso junto a ella. Delante tenían el mar entero.

"La vela sube,
pan que llevar,
guárdame un sitio,
que voy a viajar."

"¿El sitio viene con otro pan?"

"Venía. Lo acabas de comer."



Navegaron hasta que las casas desaparecieron detrás de ellos. Vieron peces saltando, una nube con forma de zapato y una gaviota que acompañó al barco durante un buen rato.

Simbad la saludaba cada vez que daba una vuelta. "¡Otra vez tú! ¿También buscas una historia?"

"Busca migas."

A media mañana encontraron una isla baja, cubierta de hierba. A un lado había una playa y, al otro, unos arbustos inclinados sobre el agua.



Salma se quedó en el barco. Simbad y Nura remaron hasta la playa para pasear y recoger higos. Una cuerda larga unía el bote con el barco. Los marineros la iban soltando poco a poco. Nura llevó pan, un cucharón y su olla.

"¿La olla también viene de paseo?"

"Si encuentro algo bueno para el almuerzo, quiero estar preparada."

Comieron a la sombra. Simbad contó que había escuchado hablar de aves tan grandes como una casa.



"En una de esas cabría mi cocina."

"¡Y el comedor!"

"La cocina primero."

Nura se levantó para recoger los platos. Se quedó quieta. "Simbad... ¿tú moviste el suelo?"

"Yo no empujo islas."

Bajo sus pies, la tierra subió muy despacio. La olla rodó unos centímetros y se detuvo contra una piedra.

Los dos miraron hacia el agua.



"Nura... esta isla está respirando."

La playa se inclinó. El agua corrió por la arena y descubrió una superficie oscura, lisa y brillante.

No era una roca.

¡Estaban sobre la espalda de un animal gigantesco! Era tan grande que le habían crecido hierba y pequeños arbustos.

"¡Almorzamos encima de alguien!"

"Espero que le haya gustado el olor del pan."

"¡Al bote! ¡La isla se está despertando!"

Simbad recogió la cesta. Nura levantó la olla con los platos dentro. Fueron juntos hacia la playa. El suelo seguía moviéndose bajo sus zapatos.

"¡Por aquí! ¡Junto al arbusto!"

"¡El arbusto también se mueve!"

Simbad miró mejor. El arbusto se estaba alejando de él. O quizá era él quien se alejaba del arbusto. No tenía tiempo de discutirlo con una planta.

El bote pequeño seguía junto a la orilla. Salma sujetaba la cuerda desde el barco, preparada para acercarlos.

Pero el animal levantó la espalda otra vez.



La playa se convirtió en una cuesta. Simbad se sentó sin querer y empezó a bajar. "¡No era así como pensaba llegar!"

"¡Pues avisa cuando frenes!"

Nura se deslizó detrás de él con la olla entre los brazos. Acabaron en el agua bajita, junto al bote.

Simbad se agarró al borde del bote. Nura metió primero la olla, después una rodilla, después la otra. Simbad se impulsó y cayó sobre el asiento.



"Ya estamos."

"Mi zapato también. Tiene medio mar dentro."

"¡Bien! ¡Ahora los acercamos!"

La cuerda se tensó. El bote dio un pequeño tirón... y se quedó clavado.

Una rama de la isla había atrapado la cuerda. Al hundirse, tiraba del bote hacia abajo.

"¡Salma, suelten la cuerda! ¡La rama nos está arrastrando!"



Salma soltó un extremo. Simbad desató el otro. La cuerda desapareció bajo el agua.

El bote quedó libre.

El animal se hundió en el agua. Donde antes había una playa apareció una ola ancha. Levantó el bote, lo meció y lo llevó lejos del barco.

Nura sujetó el asiento. Simbad agarró los remos. Al otro lado del agua, Salma ya estaba girando las velas para seguirlos. "¡Los veo! ¡Voy hacia ustedes!"



Pero una corriente empujaba el bote hacia un paso estrecho entre dos rocas. El barco era demasiado grande para entrar por allí.

"¡Hay una playa al otro lado! ¡Vamos a llegar a ella!"

"¡Daré la vuelta por fuera! ¡Los buscaré en la costa!"

Nura agarró un remo. Simbad tomó el otro. Los apoyaron en el agua al mismo tiempo.

"Una... y otra..."



El bote pasó entre las rocas sin tocarlas. Después, una ola pequeña lo empujó hasta una playa de arena clara.

Simbad saltó al agua, que apenas le cubría los tobillos. Entre los dos arrastraron el bote por encima de la espuma. Se sentaron junto a él. Estaban a salvo.

Por un momento no hablaron.

"Creo que acabo de devolverle al mar un pez."

"Era tu calcetín."



"Un calcetín muy buen nadador."

Simbad se echó a reír. Nura también. Desde la playa miraron las rocas. Detrás de ellas había desaparecido el barco.

"Salma va a dar la vuelta. Necesitamos un sitio alto para que nos vea."

"Primero voy a ponerme el pez."

En aquella nueva playa dejaron el bote bien sujeto a una roca. Desde allí subía un sendero entre árboles bajos. Simbad cargó la olla y Nura recogió la bolsa de los panes.



"Si encontramos un sitio alto, podemos hacer señales con la tapa."

"¿Ves? Una buena olla sirve para todo."

Subieron sin perder de vista la playa. Por los huecos entre las ramas aparecía el mar, azul y brillante. Junto a las rocas había neblina, como una nube bajita sobre el agua. Aún no se veía ninguna vela.



El sendero los llevó hasta un espacio abierto.

En medio había una cosa blanca, redonda y enorme. Más alta que Simbad. ¡Más alta que Simbad y Nura, uno encima del otro!

"Una casa."

"No tiene puerta."

"Estará detrás."

Caminaron alrededor. No había puerta, ventana, escalón ni chimenea. Volvieron al punto donde habían empezado.



"O la puerta camina más deprisa que nosotros, o esto no es una casa."

Simbad dejó la olla en el suelo. Nura sacó el cucharón y tocó con mucho cuidado la superficie blanca. "Suena como..."

"Un huevo."

Los dos levantaron la mirada hasta lo alto de la cáscara.

"Entonces la gallina..."

